

Javier Wimer era en 1968 un todavía joven diplomático a quien le fue encargado el servicio cultural de la embajada mexicana en Argentina. Una de sus primeras providencias fue entablar comunicación con Jorge Luis Borges (el José Luis Borges de Foxilandia) y de allí nació una amistad que ahora el mexicano recoge en su “Memoria personal de Borges”, publicada en el número de agosto de la *Revista de la universidad de México*. El móvil para publicar esos recuerdos es la conmemoración del 20º. aniversario de la muerte del gran escritor.

En varios números anteriores de la revista fundada por Jaime García Terrés hemos podido complacernos con la lectura de Wimer, con su prosa sabia y sápida. Leamos su encuentro con Borges, en mayo de 1968, en la Biblioteca nacional de Buenos Aires, de que el autor de *El aleph* era director. Casualmente la calle donde se alza la biblioteca es la calle México, y sobre ese país giró la primera conversación con el agregado cultural:

“Borges tenía una idea remota y curiosa de México, Lo asociaba principalmente con el prestigio de sus antiguas civilizaciones y con los cuadros de inspiración maya que pintaba su amigo Xul Solar, con la historia de Prescott, con la poesía de Othón, de López Velarde, de Maples Arce, con el recuerdo vivo de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas, con la evocación de Octavio Paz, a quien no había tratado en persona y cuya obra decía no conocer.

Esta era, en rigor, una cautelosa verdad a medias que le ahorraba la opinión sobre una poesía que no era de su gusto. Se daba por supuesto que había leído, al menos, *El laberinto de la soledad*, que tanta resonancia tuvo en el Buenos Aires de 1950 y, ciertamente, los poemas que consideraba crípticos y difíciles de memorizar.

El aprecio que se tenían ambos poetas no reposaba en sus afinidades sino resultaba, más bien, de una esforzada supervivencia de sus diferencias. Se trataba de hombres de personalidades, temperamentos y estilos dispares. En varios sentidos, el Borges de la edad madura era un clásico y un cartesiano. Casi toda su obra se desarrolla en el marco de valores y estilos tradicionales. Desdeña cualquier tipo de estridencia, y su original formal reside, sobre todo, en la implacable voluntad de estilo que culminó en una escritura de extremo rigor y concisión. Borges no se interesaba en la política ni en la política literaria. Se burlaba de sus propios compromisos y devaneos con los *ismos* que estuvieron de moda en sus mocedades, y aun de las mocedades en sí mismas, que consideraba fuente inagotable de la insensatez humana. Por eso, cuando un periodista le preguntó si tenía algún consejo para la juventud, Borges sólo dijo: desistir.

Paz, en contraste, tiene el perfil de un poeta romántico. Sólo se arrepintió de haberse codeado con los comunistas en la edad heroica de la República española, pero nunca renegó de su ascendencia barroca, de su pasado surrealista y de su persistente entusiasmo por experimentar con nuevas formas literarias. Sus mejores poemas tienen un tono de exaltación que excluye intencionalmente la mesura o el equilibrio, y una buena parte de su obra en prosa, y no me refiero sólo a la política, tiene el tono enfático de quien aspira a que sus opiniones se conviertan en verdades de validez universal. Algo tuvo Paz de predicador y de espadachín, de jefe de secta y de patriarca cívico, en el sentido de Voltaire y de los enciclopedistas franceses.

Borges tenía curiosidad y esperanza de visitar las ruinas de Uxmal y Chichén Itzá con el propósito principal, según decía riónicamente, de jactarse ante sus amigos. Su interés se concentraba en conocer esos monumentos como si se tratara de establecer una relación personal con ellos y sin cuidarse especialmente de la tradición que los animaba”.